

Mi enfoque, como el de muchas personas en este país durante los últimos meses, ha sido dominado por la pandemia, la mayor interrupción en nuestras vidas. He estado viviendo con la esperanza de que pronto terminaría y la rutina de nuestra vida diaria podría volver a la normalidad. Sin embargo, a medida que escuchamos las noticias nocturnas y vemos que el virus ha seguido propagándose en nuestro país y en otros, el número de personas afectadas por la enfermedad sigue aumentando y el número de muertes continúa creciendo, mi esperanza ha disminuido. Esta pandemia definitivamente no es solo una tormenta pasajera; sus efectos estarán con nosotros durante mucho tiempo.

Entonces, ¿qué puedo esperar por ahora? ¿Cuánto durará esta pandemia? ¿Qué y quién quedará cuando finalmente termine? Providencialmente, San Agustín, un santo al que nunca le he rezado, vino a mi rescate. En realidad no respondió a mis preguntas sobre cómo será el futuro, pero sí me dio algunos buenos consejos sobre cómo vivirlo.

Lo conocí de esta manera: estaba en el proceso de limpiar el escritorio de mi habitación cuando encontré en un cajón una tarjeta que no recordaba haber visto antes. Tenía este mensaje: "ESPERANZA tiene dos HIJAS encantadoras: ira, cuando las cosas no son lo que deberían ser, y valentía, para hacer lo que tiene que ser". San Agustín Aunque estoy feliz de que me llamen " encantadora hija de la Esperanza", el mensaje de San Agustín me ayudó a enfrentar la verdad, que a menudo, como ahora, me siento enojada. Mi ira o rabia no se trata de la pandemia en sí o de otras cosas en la naturaleza sobre las que no tenemos control. Se trata, más bien, de la actitud y la elección de las palabras de algunas de las personas que han hablado con frecuencia en la televisión durante las últimas semanas sobre la pandemia. Me sorprendió, por ejemplo, escuchar al presidente de nuestro país gritarle a una mujer en una de sus audiencias: "Eres tan estúpida; ni siquiera tienes el cerebro con el que naciste ". También me resultó difícil soportar los argumentos en los que los políticos y los presentadores de noticias se involucraron acerca de una sugerencia ridícula y potencialmente letal de nuestro Presidente. Se preguntó, en voz alta, en la televisión, si beber una especie de limpiador doméstico podría librar al cuerpo de la posibilidad de tener el virus infame. Más tarde "explicó" que no dijo eso como una sugerencia, sino que simplemente estaba siendo sarcástico. Escuchar tales debates con las respuestas frecuentemente insultantes que los hablantes se dan entre sí hace que mi ira aumente. Mi reacción definitivamente se ajusta al criterio de San Agustín de que la ira es una respuesta apropiada para la "hija encantadora de la esperanza" si las cosas no son como deberían ser.

La tarea que San Agustín me sugiere ahora es ser tan valiente como la "segunda encantadora hija de la esperanza" y trabajar para cambiar las cosas que causan el problema, es decir, hacer esas cosas.

Lo que "deben" ser. Esa tarea es obviamente mucho más difícil que la primera. ¿Cómo puedo, o incluso nosotros, cambiar la forma en que muchas figuras públicas parecen pensar y / o hablar? Dado que la única idea viable que tuve cuando leí la exhortación de San Agustín fue escribir esta carta para compartir con ustedes mis inquietudes sobre el futuro de nuestro país, y alentarlos a que expresen o escriban también sus opiniones. Cuando terminen los días de nuestro "encerramiento", ¿tal vez podamos hablar juntas? Mientras tanto, si alguien tiene una idea para compartirla conmigo, una de las "encantadoras hijas de Esperanza", déjenmelo saber. —Hna. Mary Ellen Rufft, CDP